

Una novela sobre los orígenes de Guadalajara

José Luis Martínez
Academia Mexicana de la Lengua

Consecuencias de una fama

La fama que al parecer he alentado, de que me interesan casi todos los libros y de que estoy dispuesto a leerlos y guardarlos, ha originado donativos curiosos. Uno de los últimos vino de mi antiguo colaborador en el Fondo de Cultura Económica y luego gerente de *La Jornada*, Jorge Farías Negrete. Me explicó que eran libros que pertenecieron a su familia. En la caja había una miscelánea: viejos textos escolares de historia, de Malet e Isaac y de Ducoudray, en los que estudié; un *Werther* y una comedia del proscrito José María Pemán; un tomito de la preciosa colección de las “Musas Lejanas”, con el texto del *Poema del Mio Cid* arreglado por Pedro Salinas, que me faltaba; un tomo del teatro de los Álvarez Quintero; una novela de Wenceslao Fernández Flores, *La vaca adúltera*, y varios libros que ya tenía: el *Poema pedagógico* de Makarenko; *Anímula* de Mariano Silva y Aceves; el *Credo* de López Méndez; la monografía sobre Xochimilco de Rafael García Granados; el folleto de la UNAM, *Dedicación del aula “Ramón López Velarde”*, homenaje de la Escuela Nacional Preparatoria, de 1930; libros menores y una novela histórica, *Guadalajara, ciudad errante*, de Manuel J. Aguirre, publicada hacia 1951 en México, sin abrir. Cuando fue oportuno, la leí y me entusiasmé.

Aguirre y sus obras

Manuel J. Aguirre (1893-1978) fue un periodista de renombre. En *la Biografía de los escritores de Jalisco*, Gabriel Agraz García de Alba¹ presenta una extensa ficha sobre él. Nació, como don Victoriano Salado Álvarez, en un pueblo que éste describió sabrosamente –Teocaltiche–, aislado del norte de Jalisco, y allí estudió hasta el cuarto año de primaria. A los diecisiete años empezó a escribir periodismo como corresponsal de *El Regional* de Guadalajara. En su pueblo natal editó en 1919 *El Mensajero*, periódico revolucionario. El profesor Basilio Vadillo, director de *El Nacional Revolucionario*, en 1929 lo llamó a colaborar y luego lo nombró corresponsal en Guadalajara. Hacia 1923 se trasladó a la ciudad de México donde ocupó puestos públicos. Su libro sobre *Cananea, las garras del imperialismo en las entrañas de México*, con prólogo de Juan N. Chávarri,² lo hizo merecedor de una medalla y homenaje de la Prensa Unida de Guadalajara; y su obra *Teocaltiche en mi recuerdo*. Romances, leyendas, recuerdos y tradiciones de mi tierra, con prólogo de Felipe Sevilla del Río,³ le ganó un diploma del pueblo de Teocaltiche. Este, que por suerte ya tenía, es libro singular. Está escrito en versos octasilabos que describen con llaneza y gracia los encantos y costumbres del pueblo. He aquí unas muestras:

Las campanas de mi tierra/parece que tienen alma/
y que cada pensamiento/expresan con toda calma.

De “Las bodas de rancho”:

Buen número de comales/usaban las torteadoras/
aparando las tortillas/en canastas piscadoras.

Un apaste para el mole;/Para la sopa de arroz/
grandes cazuelas de barro,/siempre por lo menos dos.

Igualmente los frijoles/que de manteca chinitos,
se servían acompañados/de tostadas doraditas.

Siempre en la tanda primera/sientan a los impacientes/
sirviéndoles los manjares/en platos de Aguascalientes.

1. México: UNAM, 1980, t. I, pp. 128-130.

2. México: Costa-Amic, 1958.

3. México: Costa-Amic, 1958.

Uno con sopa de arroz;/el mole de guajolote./
luego frijoles con queso/y a limpiarse el bigote.

Es de Ley comerse todo;/quien deja algo en el plato./
se lo doblan por rigor/de acuerdo con el mandato.

Quienes saben las costumbres/y conocen las maniobras./
llevan unas arganitas/para cargarse las sobras.

Estos versos de Manuel J. Aguirre son de una sencillez y gracia encantadora, como de un enamorado de su pueblo y sus costumbres. Su último libro sería *Ensayo histórico de Teocaltiche*, con presentación de Alfonso Manuel Castañeda,⁴ que desconozco. Tampoco he encontrado la “Novela costumbrista y social revolucionaria” llamada *Alma campera (Panorama nacional)*, con prólogo de Guillermo de Luzuriaga.⁵

4. México: Costa-Amic, 1958.

5. México: Imp. de J. Jesús Covarrubias, 1940.

Guadalajara, la ciudad errante

Hagamos ahora referencia a la novela histórica *Guadalajara, la ciudad errante*. Después de una explicación que hace el autor de sus intenciones y fuentes consultadas, lleva un breve prólogo del historiador Luis Pérez Brotchie en el que precisa que Aguirre ofrece una “biografía de Guadalajara al nacer, desde su concepción en Nochistlán, hasta su maduro alumbramiento en Atemajac” y, asimismo, que “sigue la secuela histórica del mencionado Pérez Verdía”, el autor de la historia canónica de Jalisco.

De los veintiséis capítulos que tiene la novela, los trece primeros se refieren a los problemas que tuvo la fundación de Guadalajara, con los incidentes conocidos de las crueldades y caprichos de Nuño de Guzmán y las intervenciones pintorescas de la aguerrida Beatriz Hernández. El autor introduce en la acción histórica un idilio novelesco: Molotzin, un soldado indígena, y su amada la bella Tonanzin, la cual es asesinada por el soldado español Pedro Ximeno.

Tenamaztle

En los capítulos finales de esta primera sección y en toda la segunda, el héroe es el caudillo indígena Tenamaztle, que perteneció a la tribu de los caxcanes y cuyo nombre cristiano fue Diego o Francisco Zacatecas. Él encabezó la lucha de los pueblos indígenas en esta región del norte de Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas, contra los españoles, que culminaría en la defensa del peñón de El Miztón.

Llegada y muerte de Pedro de Alvarado

Al mismo tiempo, en junio de 1541 llegó a Guadalajara el adelantado Pedro de Alvarado, quien con sus tropas se dirigía a un puerto para embarcarse hacia el Oriente. Famoso por sus crueldades, Alvarado era un capitán que había triunfado en la conquista de Guatemala. El gobernador de la Nueva Galicia, Cristóbal de Oñate, le expuso la difícil situación en que se encontraban los españoles en vista de la rebelión indígena y le pidió ayuda. Como si fuera una empresa menor, Alvarado acepta y jactancioso, le dice:

Sois demasiado medroso. Vergüenza es que cuatro gatillos encaramados en los riscos de los montes hayan hecho tanto ruido, que estén alborotando y poniendo en grave alarma a dos reinos, ya que con menos gente de la que yo traigo basta y sobra para sujetarlos. No hay que esperar más.

Luego añade: "Acostumbrado estoy a vencer indios de todas partes en tantos años de continuas campañas, y no había de ser en esta vez una excepción".

En el peñol de Nochistlán se trabó una lucha feroz entre españoles e indígenas. Éstos, capitaneados por Tenamaztle, iban de triunfo en triunfo y los españoles se vieron forzados a emprender la retirada. Perseguidos por los indios, los invasores tuvieron que atravesar una barranca muy áspera. El adelantado Alvarado bajó de su caballo para cruzarla. Su escribano Baltasar de Monto-

ya llevaba el caballo, pero se le soltó la bestia que resbaló y fue a caer sobre Alvarado. Le destrozó las costillas y lo hizo rodar cuesta abajo. Malherido, fue llevado en parihuela a Guadalajara. Allí Oñate le recordó su advertencia de esperar ocasión mejor. Y Alvarado le contestó: “Ya es hecho. ¿Qué remedio hay? Curar el alma es lo que conviene”.

Así lo consignaría el cronista fray Antonio Tello. El 3 de julio de 1541, el orgulloso adelantado Pedro de Alvarado, apodado “Tonatiúh”, expiró.

Ataque y traslado de Guadalajara

Las huestes indias de Tenamaztle siguieron adelante en su lucha y, abandonando sus fortalezas de los peñoles, decidieron atacar Guadalajara. En la defensa de la ciudad, Beatriz Hernández enardeció la lucha y dio ejemplo de ferocidad. Y gracias a la habilidad del gobernador de Oñate, que decidió atacar a los sitiadores al atardecer, el triunfo fue de los españoles que tomaron numerosos prisioneros indios.

La condición inerte en que se encontraba Guadalajara, entonces establecida en el valle de Tlacotán, forzó a Oñate a reunir una junta de vecinos para decidir el asiento de la ciudad. Abandonaron Tlacotán y se trasladaron al valle de Atemajac, sitio definitivo de la “ciudad errante”, como la llama Manuel J. Aguirre.

Expedición del virrey Mendoza

Pero la muerte de personaje tan famoso como el adelantado Pedro de Alvarado y, sobre todo, el poderío que seguían alcanzando los indios capitaneados por el caudillo Tenamaztle, que estaban atrincherados en los peñoles de Nochistlán y de El Miztón en las estribaciones de la Sierra Madre Occidental, preocupaba al gobierno de la Nueva España. En consecuencia, el virrey Antonio de Mendoza organizó una expedición poderosa que

él mismo encabezó para hacer la guerra a los indios rebeldes. El 22 de septiembre de 1541 el ejército, formado por dos mil españoles y varios miles de soldados indígenas tlaxcaltecas, mexicanos y tarascos, salió de la Ciudad de México. Un mes después, el gobernador Oñate los recibió en Acatic, y ambos emprendieron la lucha. El peñol de Nochistlán fue el primer objetivo; Miguel de Ibarra recibió el mando del ataque. Este capitán tuvo un encuentro con el cacique Tenamaztle, que era su amigo. “¿A qué venís, señor? –le dice como saludo– ¿Queréis que os demos otra paliza?”

Ibarra, sin inmutarse, le dice que viene a pedirle que deponga su rebeldía, que recuerde que es cristiano y está obligado a obedecer a Su Majestad católica y que si no cambia de actitud, los que no perezcan serán hechos esclavos.

¿Esclavos? –responde Tenamaztle–. Precisamente para no seguirlo siendo ni dejar esa oprobiosa herencia a nuestros hijos estamos aquí, tomando actitud: preferimos la muerte a la pérdida de nuestra libertad. Si nos requerís de paz, yo también os requiero en igual forma, en nombre de los valientes que mando, a que os devolváis a Castilla, seguros de que en nada iremos a molestaros.

El combate fue terrible y duró varios días. Y cuando la victoria parecía favorecer a los defensores, la traición de un cacique indio abrió el camino a los españoles y los indígenas tuvieron que replegarse hacia el otro peñol, El Miztón. El sitio de esta fortaleza natural fue encarnizado y los españoles echaron mano de las negociaciones y formularon un extenso alegato o requerimiento –que Aguirre reproduce–, el cual tradujeron al náhuatl, aunque no se precisa el efecto que haya tenido. Y según nuestro autor, este sitio de El Miztón concluyó con la traición de dos mil indios de Teúl, que franquearon el paso a los sitiadores.

Manuel J. Aguirre termina con esto su relato de los hechos de Tenamaztle y concluye pidiendo que su nombre se inscriba junto a los otros grandes capitanes indios que defendieron su patria: “Xicoténcatl, Cuitláhuac, Cuauh-témoc, Coaxicari”. Los dos capítulos finales vuelven a la

historia de Guadalajara para narrar su fundación definitiva y la recepción del título de ciudad en 1542.

La novela histórica de Manuel J. Aguirre, que tiene ilustraciones poco felices de Raúl López Iriarte, merece reproducirse para que los jaliscienses recuerden, con toda amenidad, la historia de los orígenes de Guadalajara, y para que conozcan los hechos de este valiente cacique indio, llamado Tenmaztle, o don Diego o don Francisco Zacatecas, que defendió con denuedo su patria. Y sugiero que al título del libro se añada entre corchetes: con las hazañas de Tenamaztle.

Miguel León-Portilla cuenta el resto de la lucha de Tenamaztle

Los cronistas antiguos de Jalisco, fray Antonio Tello y Matías de la Mota Padilla, se refirieron a la rebelión de los caxcanes en los peñoles chimalhuacanos, pero ignoraron al caudillo indígena Tenamaztle. Considero que el primer historiador que comenzó a mencionarlo fue Luis Pérez Verdía en su *Historia particular del Estado de Jalisco*, publicada por primera vez en 1910-1911 reimpresa en 1951. En el capítulo XII se refiere al belicoso Tenamaztle y expone los pormenores de la lucha entre las huestes del virrey Mendoza y los indios sublevados. En su notable monografía sobre *Don Antonio de Mendoza*, Ciriaco Pérez Bustamante,⁶ menciona al héroe indígena. José López Portillo y Weber, en *La conquista de la Nueva Galicia* (1935) y en *La rebelión de la Nueva Galicia* (1975 y 1980), también se refiere a los hechos del caudillo indígena al que nombra Tenamishtli. José María Murià, en su *Breve historia de Jalisco*⁷ escribe sobre la derrota que las huestes de Tenamaztle impusieron a la gente de Pedro de Alvarado y al hecho de que el caudillo fue hecho prisionero y luego liberado. Ernesto Juárez Frías, escritor zacatecano, me dio a leer recientemente un estudio laudatorio, ilustrado por él, acerca del héroe Tenmaztle. Este libro está por publicarse.⁸

6. Santiago de Chile: s.e., 1928.

7. Guadalajara: SEP-Universidad de Guadalajara, 1988.

8. Añado dos referencias más: Carlos Sempat Assadourian, "Don Francisco Tenamaztle, señor de nochtistlán, y el derecho indio a la guerra. Un alegato escrito en 1555 por fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas". Ponencia presentada en el simposio *Dos décadas de investigación en historia económica comparada en América Latina. Homenaje a Carlos Sempat Assadourian*, CESU-UNAM, CIESAS, El Colegio de México, Instituto Mora, 18 de marzo de 1996. Fray Vicente Rubio, OP. "Cacique Tenamaztle sufrió destierro perpetuo sin haber sido juzgado por la Audiencia de México", *El Caribe*, Santo Domingo, 4 de mayo de 1991, pp. 10-11.

La totalidad de estos historiadores y cronistas que se ocuparon de Tenamaztle lo abandonaron en 1541, cuando el héroe indígena, derrotado en El Miztón, fue hecho prisionero. Gracias a un excelente estudio monográfico de Miguel León-Portilla, es posible saber con la mayor precisión posible, lo que ocurrió con él en España. El subtítulo de tal libro llamado *La flecha en el blanco*⁹ lo precisa: "Francisco Tenamaztle y Bartolomé de las Casas en lucha por los derechos de los indígenas 1541-1556". El autor de la *Visión de los vencidos* hizo una investigación ejemplar. En el Archivo General de Indias de Sevilla encontró la documentación pertinente y rastreó, además, las huellas de esta lucha en los códices poshispánicos y en varios mapas de los cartógrafos europeos. Singularmente impresionante es la representación imaginaria del asedio de los españoles al peñol, con la caída del caballo de Alvarado, el que, gravemente herido, es auxiliado por dos hombres. Aparece en la obra de Theodoro De Bry, *Americae Pars Quita*¹⁰ y se reproduce en la página 75 del libro de León-Portilla.

Tenamaztle fue llevado preso a España en 1552 por orden del nuevo virrey don Luis de Velasco. En sus cárceles debió esforzarse por aprender el español y a escribir. Ya habían pasado diez años de penurias cuando, el mismo año de su llegada, coincidió en Valladolid con fray Bartolomé de las Casas, quien acababa de publicar su *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*, en la que se refiere a las atrocidades perpetradas por Nuño de Guzmán en el reino de Jalisco.

El testimonio vivo de las vejaciones que los capitanes españoles hicieron sufrir a los indígenas, expresado por Tenamaztle, adquiere forma jurídica con el rico arsenal de argumentos que le da el padre Las Casas. Así aparece en el documento que dirigen al rey y a su Consejo de Indias: "Ciertas peticiones e información..."

Las injusticias y crueldades que un Juan de Oñate y Cristóbal de Oñate y un Miguel de Ibarra, que hizo capitanes, cometieron en aquel reino, no pudieron ser vistas ni pensadas. Ahorcaron a nueve principales señores, otros deudos míos, nobles y vasallos principales, porque por las vejaciones y

9. México: Diana-El Colegio Jalisco, 1995.

10. Francforti ad nenum, 1595.

11. "Carta de don Francisco Tenamaztle de 1 de julio de 1555". Archivo General de Indias. Audiencia de México, 205, fol.4-5

azotes y palos, y otros diversos malos y crueles y no sufribles malos tratamientos que recibían los comunes indios, no pudiendo sufrir tanta impiedad y maldad, huíanse a los montes, como naturalmente se huye el buey manso de la camicería.¹¹

En Valladolid, el caxcán de Nueva Galicia sufría en las cárceles "en esta tierra tan diferente y extrema en frío y en calor de la mía donde nací y he sido criado". Pidió que se le concediera ayuda económica para comprar la ropa que necesitaba, y solicitó asimismo que se pague "a su maestro y criado", que debió ser quien le ayudaba a instruirse.

Miguel León-Portilla reproduce completo el alegato que presentó Tenamaztle el primero de julio de 1555. Es un documento impresionante por el relato que hace su autor de las injusticias y crueldades que sufrió un pueblo de parte de los españoles y que los orilló a la rebelión y a la lucha contra los invasores. Concluye pidiendo su libertad y la de los vecinos de Nochistlán y Juchipila, y se ofrece a atraer al servicio de la corona a los indígenas rebeldes. Como complemento de esta información, se añaden las declaraciones que, a favor de Tenamaztle, hicieron dos frailes y un soldado que participó en la guerra de El Miztón.

No existe constancia de la resolución que haya dado el Consejo de Indias a los alegatos y peticiones de Tenamaztle, ni sabemos si fue liberado y pudo volver a su tierra e ignoramos cuándo murió.

Tenamaztle —comenta Miguel León-Portilla— hubo de aprender en su exilio. Él, que quería volver a su tierra y a los suyos, gracias a su maestro y guía, fray Bartolomé, se volvió en cierto modo lo que hoy se describe como "bicultural y bilingüe". Sin dejar de ser caxcán aguerrido, se apersonó ante la Justicia Ordinaria de Valladolid, presentó testigos, uno al menos que personalmente conocía. Recordó experiencias y aceptó lo que el dominico le aconsejó. ¿Qué otra cosa podría hacer? ... El clamor de los que desde Nayarit hasta Zacatecas y Jalisco se levantaron en demanda de justicia, resonó luego en la misma España por boca de un indio. Con su presencia y su palabra, don Francisco Tenamaztle tiene un lugar distinguido en el elenco de los que han luchado por lo que a muchos parece imposible alcanzar, eso mismo que concisamente expresó otro al afirmar que el respeto al derecho ajeno es la paz.